

“A México. Oda”

Casimiro del Collado

El poema (1855) de Casimiro del Collado representa un texto de corte cívico y descriptivo que recoge la tradición de las “Odas americanas”, de Andrés Bello, y la poesía patriótica que se generó en todo el siglo XIX, particularmente, de la primera mitad. Resulta también clave reconocer que el poema en cuestión se apropia, por parte del español Del Collado, de un discurso lírico criollo decisivo que sabe fijar, en uno de los poemas dedicados a México más destacados. Para algunos poetas, es un poema que sintetiza de manera inmejorable todas las expectativas del “sueño criollo” sobre México, un sueño procedente de la grandeza natural y novedosa de México. De timbre sostenido y de grandilocuencia inventiva, es el poema que, como pocos, se suma a un americanismo literario que no abandona su herencia hispánica.

Vuelve ¡oh México! en ti, que del abismo

duermes incauta al resbaloso borde:

[...]

Nunca, vástago real del trono hispano,

tu noble origen ni su ejemplo olvides

Éste fue recogido en el libro *Poesías* (1868), con una dedicatoria a don José María Roa Bárcena, correligionario de tertulias del autor español que residió y cantó a México como si fuera su propia patria.

La Biblioteca Nacional de México cuenta con un ejemplar de la segunda edición de las *Poesías* (1868), de Casimiro del Collado (1822-1898), con una dedicatoria autógrafa del autor a Guillermo Prieto, quien, seguramente, fue

propietario de dicho volumen. Se lee en la advertencia que es la segunda edición de las poesías del autor de la provincia de Santander. Sin embargo, en la siguiente edición, de 1880, prologada por Marcelino Menéndez y Pelayo, se lee también la leyenda de “2ª edición”. La antología de 1868 recoge más de 60 poemas, entre los que se cuentan algunos inéditos. Fechado en 1855, “A México. Oda” responde a la afinidad que el autor sostuvo con la poesía de tradición clásica, misma que fue usada por autores de la época, como aquellos que formaron parte de la llamada Arcadía Mexicana o poetas como Andrés Quintana Roo, Francisco Sánchez de Tagle y Francisco Ortega, algunos de los cuales imitaron los modelos del español Manuel José Quintana.

Casimiro del Collado nació en la provincia de Santander, España, el 4 de marzo de 1822, y murió en la Ciudad de México, después de haber residido en ella cerca de 60 años. Fue miembro de la Academia de Letrán y del Ateneo Mexicano, círculos entre los que encontró correligionarios como José María Lafragua, con quien fundó, en 1841, el periódico *El Apuntador* (1841), en el que escribía bajo el seudónimo de Fabricio Núñez. En 1875, fue miembro fundador de la Academia Mexicana de la Lengua, correspondiente de la española. Junto a Roa Bárcena, se encargó de la solicitud hecha por la Academia Española de la Lengua para configurar la *Antología de poetas mexicanos* (1893). Fue informante del panorama lírico de México para la elaboración de dicha antología, encargada a Marcelino Menéndez y Pelayo. Además de su participación en los periódicos mencionados, Collado también participó en los periódicos *El Nacional* (1885-1895) y *El Domingo* (1863-1864).

Sobre “A México. Oda”, nos dice el propio Roa Bárcena:

[Llena] las condiciones de su género: inspiración o numen, grandeza de pensamientos e imágenes, valentía de conceptos, el ‘ordenado desorden’ causado por los arrebatos del entusiasmo, la pulcritud y nobleza de la frase, lo escogido de la rima, la rotundidad y melodía de los versos todo reúnen ambas odas [...] la pintura del aspecto físico del país con la variedad de sus zonas y productos, con sus volcanes, sus torrentes,

sus ríos y lagos, sus fieras y aves, sus minas sus terremotos y su espléndido cielo, constituye un cuadro de mano maestra ejecutado *con amore*, como dicen los italianos; y en que se admira el colorido, el tono, la armonía y la vida que ofrecen los paisajes de Claudio de Lorena y algunos admirables lienzos de nuestro Landesio.¹

El propio Victoriano Agüeros reconoce, en el conjunto de la obra poética de Collado, dos momentos que, en primera instancia, parecieran invertidos históricamente. El primero de ellos, más apegado al Romanticismo; el segundo de ellos, de corte neoclásico. De estos dos momentos de afinidad estética complementaria en la inspiración del autor es que emana la facultad para trazar un paisaje vasto, cargado de emoción y con una soberbia musicalidad que recrea una naturaleza mexicana de manera distinta a la de un pintor de paisajes con el tripié fijo sobre el valle despejado. En cambio, el poema de Collado ostenta una erudición en recursos y una inventiva que se engalana con la riqueza propia de la naturaleza plena y diversa. Distintos aromas, relieves variantes, murmullos animales de polifónicos timbres, colores que van desde los mantos helados en las cimas hasta la aparición de un jaguar entre la maleza; la naturaleza renace activa en su ímpetu salvaje, cual Venus naciente, sólo que de tez morena. Pareciera que Collado conoce el misterio bajo el cual brotan naturaleza y belleza en todas sus estaciones y cortezas, de tal manera es que cobra vida el poema. Hacia el final, toda la magnificencia cantada con largo aliento, encarna en la nación que bajo el nombre de México habita las tierras glorificadas por el “cantor del Anáhuac”.

Pablo Mora

Alexis Retana

Instituto de Investigaciones Bibliográficas

Biblioteca Nacional de México / Hemeroteca Nacional de México

¹ José María Roa Bárcena, citado en Victoriano Agüeros, *Escritores mexicanos contemporáneos* (México: Imp. de Ignacio Escalante, 1880), 107-108.